

El libro de Riley analiza la medicina ambiental desarrollada durante el siglo XVIII, que compartía junto a otros pensadores de la época el mismo interés por explicar la relación entre el hombre y la naturaleza. La naturaleza, que constituyó el principal objeto de observación, ejercía una influencia sobre el hombre que sólo este último podía romper a través de un intervencionismo sobre los fenómenos naturales. Esta capacidad del hombre para controlar en cierta medida las fuerzas de la naturaleza se demostró en la medicina ambiental a través de la aplicación de medidas preventivas (drenaje, lavado, ventilación, enterramiento) y de erradicación de las enfermedades epidémicas centrada en la ruptura de la dependencia de la enfermedad sobre el ambiente.

La medicina ambiental surgida a finales del siglo XVII se interesó por analizar los agentes meteorológicos y los factores ambientales responsables de las enfermedades epidémicas. En este sentido Riley investiga cómo la medicina ambiental a través de un discurso socio-ambiental de la enfermedad fue capaz de generar toda una serie de mecanismos de control sobre el hábitat humano y concretamente sobre el espacio público. El dominio del espacio público no siempre respondía a intereses a favor de la salud pública sino también a intereses de índole económica. De ahí que se impulsaran construcciones hidráulicas de drenaje, obras de saneamiento, etc. controladas y financiadas por el monarca o por entidades privadas. Por eso para analizar el desarrollo de la urbanización y de la industrialización debemos seguir de cerca a los médicos ambientalistas preocupados por la higiene ambiental.

El pensamiento médico ambiental estuvo representado por la figura de Sydenham cuya aportación más significativa fue la recuperación de la idea hipocrática de los factores ambientales como causantes de las enfermedades. El refinamiento de las ideas hipocráticas llevadas a cabo a finales del siglo XVII respondían a la introducción de la observación y la contabilización de los elementos que configuraban el hábitat humano, la adquisición de las matemáticas en la medición de la correlación entre el ambiente y la enfermedad, la innovación de la meteorología, y el antropocentrismo como movimiento que transfería al hombre la capacidad de control sobre la naturaleza.

A partir de un juego de analogías materiales fundamentadas en la observación empírica Riley analiza los supuestos causales del parangón ambiente/enfermedad. La utilización de los términos "correlación" y "correlativo" por parte de los médicos ambientalistas sugería la búsqueda de algún grado de causalidad entre el fenómeno ambiental y la enfermedad epidémica.

La enfermedad actuaba como el signo revelador del desequilibrio entre el ambiente y el individuo. Si el individuo quería controlar la enfermedad primero tenía que "reequilibrar" la naturaleza. Sin embargo la pugna por romper esta dependencia no se llevó hasta sus últimas consecuencias tal como lo demuestra la no desaparición de la enfermedad.

La analogía, la observación y la acumulación de datos fueron los instrumentos de las ciencias empíricas donde la matemática jugó un papel muy importante tanto en la medicina como en otras ciencias del saber centradas en la recopilación y almacenamiento de datos sobre los hechos.

Conocer la naturaleza para comprender el mundo y su funcionamiento era una finalidad compartida por los ambientalistas y los pensadores ilustrados en general. La importancia que se confería a las sensaciones para percibir el mundo tangible desarrolló un tipo de pensamiento que postulaba que nuestras ideas se construían a partir de nuestras sensaciones. El sentido olfativo asociaba los malos olores con la enfermedad, localizaba y detectaba las enfermedades, en una palabra, diseñaba el mundo ambiental. Un mundo odorífero que si pudiera ser registrado revelaría un mapa de las enfermedades.

Riley analiza también las hipótesis formuladas por los historiadores que explicaban las causas del descenso de la mortalidad durante el siglo XVIII. Reconsidera la hipótesis barajada por McKeown y Brown, pero la aumenta y rectifica en parte. Esta hipótesis introduce la idea de que las medidas preventivas aplicadas en beneficio de la salud pública produjeron un mejoramiento del medio ambiente que contribuyó a una disminución de la mortalidad. De esta manera, no da excesiva importancia a la hipótesis seguida por la mayoría de historiadores sobre las mejoras nutricionales y el incremento de los productos alimenticios como única explicación del fenómeno, aunque más adelante la recupera como factor general junto a la hipótesis de la salud pública.

A pesar de que los ambientalistas desconocieran la vinculación entre los microorganismos vivos y las enfermedades, actuaron indirectamente sobre la disminución de los agentes patógenos. En esta medida las acciones que desempeñaron no estaban destinadas tanto a la etiología como a los medios de transmisión y propagación de las enfermedades.

Riley contribuye con este libro a introducirnos en la polémica de la dependencia ambiente/enfermedad, que aunque hoy en día superada, puede ser reconsiderada como punto de discusión sobre la deterioración del medio ambiente y el incremento de la morbilidad.

Cristina Larrea Killinger
Area de Antropología Social
Universidad de Barcelona, Tarragona